

cup, de asentar la vacilante monarquía sobre aquel sólido fundamento. Así hubiera salvado al Estado y al rey si el cable no su hubiera roto. Pero —y que esto sirva para animar a quien quiera imitarle— si Malesherbes pereció, su recuerdo ha permanecido indestructible, en la memoria tormentosa de un pueblo en revolución que todo lo olvidaba, como queda sobre el fondo del oceano, medio hundida en la arena, la vieja áncora de hierro de un navío perdido en la tempestad.



LORD BYRON

Nos hallamos en junio de 1824. Lord Byron acaba de morir. Nos preguntan qué pensamos de lord Byron, y de lord Byron muerto. ¿Qué puede importar nuestra opinión? ¿De qué servirá el escribirla? a menos de suponer que es imposible para todo hombre inteligente dejar de proferir algunas palabras dignas de ser conservadas ante un poeta tan trascendental, y ante un acontecimiento tan grande. Según las ingeniosas fábulas del Oriente, una lágrima se convierte en perla al caer dentro del mar.

En la existencia singular que llevamos por la afición a las letras, en la bonancible región en que nos ha colocado el amor de la independencia y de la poesía, ha debido afectarnos la muerte de Byron lo mismo que una calamidad doméstica. Es una de aquellas desgracias que de más cerca podían afligirnos. Un hombre que ha consagrado su vida al culto de las letras, siente que se le va estrechando a su alrededor el círculo de su vida física, al propio tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un reducido número de seres predilectos ocupa los afectos tiernos de su corazón, mientras que todos los poetas muertos o contemporáneos, extranjeros y compatriotas, entran en el sagrario de los afectos del alma. La naturaleza le había dado una familia, la naturaleza le crea otra. Sus simpatías, que tan pocos seres pueden despertar en torno de él, van a buscar por entre el

torbellino de las relaciones sociales, mas allá de los tiempos y de los espacios, a algunos hombres que él comprende y de quienes se siente digno de ser comprendido. Entretanto que en la monótona rotación de los hábitos y de los negocios, le codea la turba de los indiferentes sin llamar su atención, establécense entre él y los hombres escogidos por su inclinación relaciones intimas, y comunicaciones en algún modo eléctricas. Una dulce comunidad de pensamientos le une a manera de lazo invisible e indisoluble con aquellos seres preferidos, aislados también en su mundo como lo está él en el suyo; de modo que cuando por casualidad se encuentra con uno de ellos, basta una mirada recíproca para revelarse uno a otro, bástales una mirada para penetrarse mutuamente el fondo de sus almas y reconocer su equilibrio, y pocos instantes han transcurrido cuando ya esos dos extranjeros están sujetos como dos hermanos como dos amigos que han sufrido una misma desgracia.

Permítasenos decirlo, y si cabe, glorificarnos por ello, una de estas simpatías que acabamos de explicar nos inclinaba hacia Byron. No era a buen seguro el atractivo que el genio inspira al genio, pero era al menos un sentimiento sincero de admiración, de entusiasmo y de agradecimiento, porque agradecimiento se debe a los hombres cuyas obras hacen palpitar noblemente el corazón. Al anunciarnos la muerte de este poeta, nos pareció que nos quitaban una parte de nuestro porvenir. Con la mayor amargura hemos debido renunciar a tener algún día con Byron una de esas amistades poéticas que tan dulce y gloriosamente hemos trabado con casi todos los hombres principales de nuestra época. La noticia de su muerte nos trajo a la memoria aquel verso con que un poeta de la misma escuela, saludaba la generosa sombra de Andrés Chénier:

Adiós, joven amigo a quien no conocí.

Y ya que acabamos de soltar prenda sobre la escuela particular de lord Byron, acaso no estará de más examinar aquí qué puesto ocupa en el conjunto de la literatura actual, literatura atacada como si pudiese ser vencida, calumniada como si se pudiera condenar. Espíritus falsos, hábiles sin embargo en sacar de quicio todas las cuestiones, tratan de acreditar entre nosotros un error bien singular. Han imaginado que la sociedad presente está expresada en Francia por dos literaturas absolutamente opuestas, lo que equivale a decir que un mismo árbol llevaba naturalmente y a la vez dos frutos de especie contraria y que la misma causa producía simultáneamente dos efectos incompatibles. Pero, estos tan obstinados enemigos de innovaciones, ni siquiera han echado de ver que creaban una lógica enteramente nueva. Todos los días continúan tratando de literatura que llaman clásica como si aun viviera, y la que llaman romántica como si estuviese próxima a morir. Estos doctos sofistas que incesantemente proponen el trocar lo que existe con lo que ha existido, nos recuerdan involuntariamente el Roldán de Ariosto, cuando en el período de su demencia propone formalmente a un transeunte que acepte su caballo muerto a cambio de un caballo vivo, y aun Roldán reconoce que está muerto, bien que añade que es la sola falta que tiene, y que quitado esto, es el mejor ejemplar del mundo. Pero los Roldanes del supuesto género clásico, todavía no se hallan a tanta altura en materia de juicio o de franqueza. Preciso es, pues, arrancarles la que no quieren conceder, y declararles que a estas horas no existe más que una literatura, como no existe más que una sociedad; que las literaturas anteriores, a pesar de haber dejado monumentos inmortales, han debido desaparecer y han desaparecido como las generaciones cuyos hábitos sociales y emociones poéticas expre-

saron; y está tan en poder de los escritores contemporáneos el resucitar una literatura, (1) como en manos del jardinero hacer que reverdezcan las hojas del otoño en las ramas de la primavera. El genio de nuestro tiempo debe ser diferente, puede ser tan bello como el de los tiempos más ilustres.

Desengáñense de una vez todos los hombres de buena fe y crean que se afana y forceja en vano un corto número de cortos ingenios para conducirnos otra vez al vicioso sistema literario del siglo pasado. Aquel terreno árido ya de por sí, hace mucho tiempo que está de todo punto estéril. Aparte de que no pueden comenzarse de nuevo los madrigales de Dorat, después de las guillotinas de Robespierre, y en el siglo de Bonaparte es imposible continuar a Voltaire. La literatura real de nuestra época, aquella cuyos autores se ven desterrados a la manera de Aristides; la que repudiada por todas las plumas, es adoptada por todas las liras, la que a pesar de una persecución vasta y calculada ve también surgir de su seno a todos los talentos, pareciéndose a aquellas flores que solo crecen en los lugares azotados por los vientos, la que por fin reprobada por los que sin meditar deciden, es defendida por aquellos que piensan con su propia alma, juzgan con su mente, y sienten con su corazón; esta literatura dista mucho de tener la marcha afeminada e impúdica de la musa que cantó al cardenal Dubois, que aduló a la Pompadour y ultrajó a Juana de Arco. No se inspira en el crisol del atea ni en el escarpelo del materialista.

(1) *No debv olvidarse al leer estas páginas, que por literatura de un siglo, no solo debe entenderse el conjunto de obras que en todo el siglo se han producido, pero también el orden general de ideas y de sentimientos que ha presidido a su composición, y muy a menudo sin advertirlo los autores mismos.*—Nota del autor.

Deja en manos del escéptico esa balanza de plomo, cuyo equilibrio solo el interés hace perder. No engendra en orgias cantos para las matanzas. No conoce la adulación ni la injuria. No quita su encanto a las ilusiones. Prescindiendo de cuanto no le atañe, saca la poesía de los manantiales de la verdad pura, y su imaginación se fecunda por la creencia. Sigue los progresos del tiempo, pero con paso grave y mesurado. Es en una palabra lo que debe ser el pensamiento común de una gran nación después de grandes calamidades; triste, noble y religiosa. No titubea cuando conviene mezclarse en las discordias públicas, para juzgarlas o aplacarlas; porque no estamos ya en la era de las canciones bucólicas y la musa del siglo XIX no puede decir:

Non me agitant pópuli fasces aut púrpura regum.

No obstante, esta literatura presenta como todas las cosas de la humanidad, un lado sombrío y un lado consolador. En su mismo seno se han formado dos escuelas que representan la doble situación en que nuestras desgracias políticas han dejado sucesivamente a los espíritus; la resignación y la desesperanza.

Ambas reconocen lo que una filosofía mofadora había negado, la eternidad de Dios y el alma inmortal; las verdades primordiales y las verdades reveladas; una para adorar; la otra para maldecir. Una lo mira todo desde la altura del cielo, la otra desde el fondo del infierno. La primera coloca a la misma cuna del hombre un ángel que le acompaña hasta en el lecho de muerte, la otra le da un acompañamiento de apariciones siniestras. La primera le dice que confie porque nunca le deja solo; espántale la segunda con aislarle de continuo. Ambas poseen igualmente el arte de bosquejar figuras graciosas y de pintar figuras terribles; solo que la primera, cuidando de no las-

timar el corazón, aun a los cuadros más sombríos les da cierto reflejo divino; la segunda, queriendo entristecer, hasta a las más graciosas imágenes les da cierto resplandor infernal. Por último, la una se parece a Emmanuél dulce y fuerte, recorriendo su reino en un carro de rayos de luz, la otra al soberbio Satán que a tantas estrellas arrastró en su caída. (1) cuando fué precipitado de los cielos. Estas dos escuelas mellizas, fundadas en la misma cuna, nos parecen especialmente representadas en la literatura europea, por Chateaubriand y Byron, dos genios ilustres.

Luchaban en el mismo suelo dos órdenes de política. Acababa de derruirse una sociedad vieja, y empezaba a elevarse una sociedad nueva. Ruinas por una parte, y por otra cimientos. Lord Byron en sus lamentaciones expresó las postreras convulsiones de la sociedad que estaba muriendo. El señor de Chateaubriand con sus inspiraciones sublimes, satisfizo las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz del uno, es como la despedida del cisne en el trance de la muerte, la del otro, es igual al canto del fénix que renace de su ceniza.

Es lord Byron por la tristeza de su genio, por el orgullo de su carácter, por las tempestades de su vida, el tipo completo del género de poesía que le distingue. Todas sus obras están profundamente marcadas con el sello de su individualidad. En cada poema siempre ve el lector como por entre un vélo de luto, una figura altanera y sombría. Sujeto alguna vez, como todos los pensadores profundos, a la oscuridad y a la divagación, tiene palabras que sondean una alma entera, suspiros que explican toda una vida. Pa-

(1) Esto no justifica sin embargo el título de escuela satánica, con que un hombre de talento ha designado la escuela de lord Byron.—Nota del autor.

rece que el corazón se le entreabre a cada pensamiento que surge de su pecho, a manera de un volcán cuando arroja relámpagos. Los dolores, los goces y pasiones, para él no tienen misterios, y si solo deja entrever los objetos reales a través de un velo, en cambio muestra al descubierto las regiones ideales. Podría reconvenirse por el desorden de sus poemas; falta grave, porque un poema sin orden es un edificio sin trabazón o un cuadro sin perspectiva.

También va sobrado lejos su lírico desdén hacia las transiciones; y a veces se quisiera que este pintor tan fiel de las emociones interiores espaciese por las descripciones físicas, luces menos fantásticas, y matices menos vaporosas. Se parece no pocas veces su genio a un paseante errabundo que medita caminando, y que absorto en una meditación profunda, no conserva más que una idea confusa de los sitios por donde pasa. Sea como fuere; hasta en sus obras menos bellas elevase esta imaginación caprichosa a alturas a las que no se llega sin alas. Por más que el águila fije en la tierra los ojos, no deja por eso de conservar la sublime mirada con la cual llega hasta el sol (1).

(1) *Ahora que la Europa entera tributa un homenaje público y solemne al genio de lord Byron, reconocido grande hombre desde que ha muerto, séanos permitido insertar algunas frases del notable artículo con el cual la Revista de Edimburgo, saludó al ilustre poeta. Por lo demás, con el mismo tono están hablando todos los días nuestros diarios de los primeros talentos de nuestra época.*

«La poesía de nuestro joven lord, es de un género que no pueden tolerar ni hombres ni dioses. Tan pesadas son sus inspiraciones, que bien pudieran compararse con el agua de un charco. Como por excusa no cesa el noble autor de recordarnos que es menor de edad... Tal vez quiere decirnos con eso: mirad

Se ha supuesto que el autor de «Don Juan» pertenecía, en cierto aspecto de su ingenio a la escuela del autor de «Cándido». Es un error. En el reir de Byron y el reir de Voltaire, hay una diferencia radical. Voltaire no había padecido.

como escribe un jovencito ¡Mas ay! todos nos acordamos de la poesía de Cowley a los diez años, y de la de Pope a doce. Muy lejos de quedar sorprendidos al ver versos malos, escritos por un niño al salir del colegio, creemos que la cosa es muy común; y sobre diez muchachos nueve pueden hacer lo mismo y aun mejor que lo que ha hecho lord Byron».

«Todo bien mirado, solo esta consideración (la jerarquía del autor) nos inclina a hacer memoria de lord Byron en nuestro periódico; a mas de nuestro deseo de aconsejarle que deje la poesía para emplear mejor sus talentos.

«Le diremos que, a nuestro entender, el consonante y el número de pies, eso suponiendo que haya regularidad en ese número, no constituyen toda la poesía; y hasta quisiéramos persuadirle de que se necesita además un poco de ingenio y de imaginación, y que hoy día se requiere para ser leído que una poesía tenga algun pensamiento nuevo, o al menos que parezca tal.

«Lord Byron debía además guardarse de probar lo que han probado antes que él poetas aventajados, porque las comparaciones no son muy agradables, según se lo ha podido enseñar su maestro de escuela.

«Con respecto a sus imitaciones de la poesía ossiánica, tenemos de ella tan poco conocimiento, que nos expondríamos a criticar a Macpherson queriendo expresar nuestra opinión tocante a las rapsodias de nuestro nuevo imitador... Lo único que podemos decir es que se parecen a las de Macpherson; y estamos bien seguros de que son tan estúpidas y fastidiosas como las de nuestro compatriota.

Deberíamos decir ahora algo sobre la vida tan atormentada del noble poeta, pero en la incertidumbre en que estamos sobre las causas reales de las desgracias domésticas que agriaron su carácter, preferimos guardar silencio por temor de que la pluma no llegue a estraviarse a pesar nuestro. No conociendo a lord Byron sino por sus poemas, nos es muy dulce suponerle una vida según su alma y su genio. Seguramente habrá sido calumniado como lo han sido siempre los hombres superiores,

«Una buena parte del libro está consagrada a inmortalizar las ocupaciones del autor durante su educación. Sentimos tener que dar una idea de esa sámodia de colegio con los versos siguientes: (siguen los versos)...

«Pero, sea cual fuere el fallo que pueda pronunciarse sobre las poesías del noble menor, nos parece que debemos tomarlas conforme estan y contentarnos con ellas, pues son las últimas que de él recibiremos... Que tenga o no buen éxito, es muy probable que no condescenderá a hacerse otra vez autor. Tomemos pues lo que se nos ofrece, y mostrémoslo agradecidos; ¡con qué derecho la echaríamos de melindrosos, siendo nosotros unos pobres diablos! harto honor es ya para nosotros el recibir algo de un hombre tan encumbrado como nuestro lord. Seamos pues agradecidos, lo repetimos, y digamos como el otro: «bendito sea el que da, y no miremos la boca al caballo cuando nos viene de balde.»

Lord Byron quiso vengarse de ese miserable cúmulo de vulgaridades, tema perpétuo que la envidiosa medianía reproduce incesantemente contra el genio; los autores de la Revista de Edimburgo se vieron obligados a reconocer su talento por su férula satírica. No parece tan malo el ejemplo, sin embargo, confesamos que hubiéramos preferido ver a lord Byron guardar con sus críticos un desdenoso silencio.—
Nota del autor.

y solo a la calumnia atribuimos los injuriosos rumores que por tanto tiempo empañaron la reputación del ilustre poeta. A mas de que, la persona a la cual agraviaron sus faltas las habrá probablemente olvidado ya. Confiamos en que le habrá perdonado; porque nos contamos entre los hombres que no creen que el odio y la venganza puedan grabar algo suyo en la piedra de una tumba.

Y nosotros perdonémosle también sus culpas, sus errores, y hasta las obras en las que baja al parecer de la doble elevación de su carácter y de su talento, perdonémosle, pues, que cayó tan noblemente: ¡Ha muerto tan bien! Parecía allá en la Grecia un belicoso representante de la musa moderna en la patria de las antiguas musas. Auxiliar generoso de la gloria, de la libertad y de la religión había llevado su espada y su lira a los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas; y el peso de sus laureles, hacía inclinar ya la balanza a favor de los desgraciados helenos. Pero, particularmente, nosotros le debemos un profundo agradecimiento. Acaba de probar a la Europa, que los poetas de la joven escuela, bien que hayan dejado de adorar a los dioses de Grecia pagana, no por eso dejan de admirar a sus héroes; y que si han desertado del Olimpo, jamás han dicho adiós a sus Termópilas.

En toda Europa ha sido recibida la muerte de Byron con señales de un gran dolor. El cañón de los griegos ha saludado sus restos y un duelo nacional ha consagrado la pérdida del ilustre extranjero como una calamidad pública. Las orgullosas puertas de Westminster se han abierto como por sí mismas, a fin de que la tumba del poeta honrase la tumba de los reyes de Inglaterra. Y ¿nos atreveremos a decirlo? en medio de tan gloriosas demostraciones de la aflicción general, estábamos observando cuál era el solemne testimonio que Pa-

rís, esta capital de la inteligencia, tributaba a la heroica memoria de Byron, y hemos visto torpemente insultada su lira y su mortaja (1).

(2) *Algunos días después de la noticia de su muerte, todavía se representaba en no sé que teatro una mala comedia plagada de groserías, en la cual el noble poeta era sacado a escena bajo el ridículo nombre de Lord Tres Estrellas.—Nota del Autor.*

WALTER-SCOTT Y SU QUINTIN DURWARD

Junio 1823.

En realidad existe algo extraño y maravilloso en el talento de este hombre que dispone del lector como de la hoja el viento, que le pasea a su capricho por todos los lugares y por todos los tiempos, y así, como al descuido, le muestra con la misma facilidad el más secreto repliegue del corazón, el fenómeno más monstruoso de la naturaleza, y la página más oscura de la historia, hombre cuya imaginación domina y alhaga las imaginaciones todas, que se reviste siempre con la misma verdad admirable del harapó del mendigo, y del manto del rey, que toma todos los giros, y habla todas las lenguas, que a la fisonomía de los siglos les deja lo que la sabiduría de Dios puso de inmutable y eterno en sus rasgos, lo que les han dado de mudable y pasajero las locuras de los hombres, que, no obliga, como lo hacen ciertos novelistas ignorantes, a los personajes del tiempo pasado a pintarse como nosotros, presentándose con nuestro barniz; sino que obliga por su poder mágico a los lectores contemporáneos a entrar, siquiera por algunos instantes, en el espíritu de las antiguas edades cual sabio y hábil consejero que se empeña en que los hijos ingratos vuelvan a casa de su padre. El hábil mágico quiere sobre todo ser exacto: a ninguna verdad rehusa la pluma, ni aun a la verdad que nace de la pintura del error, esa hija de los

hombres que podría darse por inmortal, si su humor caprichoso y variable no nos convenciese de lo contrario. Pocos historiadores existen que sean tan fieles como este novelista. Bien se echa de ver que ha querido que sus retratos fuesen a un tiempo cuadros, y sus cuadros retratos. Pintanos a los antecesores nuestros con sus pasiones, sus vicios y crímenes, pero de manera que la variedad de las supersticiones y la impiedad del fanatismo sirven para resaltar más y más lo perenne de la religión y la santidad de las creencias. Agrádanos por otra parte encontrarnos con nuestros antepasados, con sus preocupaciones a veces tan nobles y tan consoladoras, del mismo modo que nos agrada verles con sus buenos penachos y sus mejores corazas.

De los manantiales de la naturaleza y de la verdad, ha sabido sacar Walter-Scott un género desconocido que no es nuevo sino porque él sabe hacerlo tan antiguo como quiere. Reúne a la majestuosa exactitud de las crónicas la grandeza venerable de la historia y el palpitante interés de la novela; genio curioso y potente que adivina lo pasado; pincel verdadero que con una sombra confusa traza un retrato fiel, obligándonos a conocer hasta lo que nunca vimos; espíritu flexible y sólido que sabe tomar el sello especial de cada siglo y de cada país, cual blanda cera, y conserva, sin embargo, esa marca para la posteridad como en bronce indeleble.

Pocos escritores han cumplido tan completamente con los deberes de novelista, respecto a su arte y su siglo: porque sería un error casi culpable para un hombre de letras, el creerse colocado más allá o encima del interés general de las necesidades nacionales, el eximir su espíritu de toda acción sobre los contemporáneos, y aislar su vida egoísta de la gran vida del cuerpo social. Y sino se halla en el poeta, ¿dónde estará el desprendimiento? ¿Qué voz se levantará durante la tem-

pestad, sino lo hace la lira que puede aplacarla? ¿Y quién arrostrará los odios de la anarquía y los desdenes del despotismo, sino lo hace aquel a quien la sabiduría antigua otorgaba la potestad de reconciliar los pueblos y los reyes, y a quien la sabiduría moderna ha dado el de dividirlos?

No emplea, pues, Walter-Scott su talento en galanterías afectadas, mezquinas intrigas y asquerosas aventuras. Movido por el instinto de su gloria, ha sentido que se necesitaba algo más que esto para una generación que acaba de escribir con lágrimas y sangre, la página más extraordinaria de todas las historias humanas. Las épocas que más inmediatamente han precedido a nuestra revolución, y que más inmediatamente han venido tras ella, se parecían a aquellas épocas de quietud agitada que tiene el calenturiento antes y después del arrebato. Libros atroces, estúpidamente impíos, monstruosamente obscenos, eran ávidamente devorados entonces por una sociedad enferma, cuyos depravados gustos y entorpecidas facultades hubieran rechazado cualquier alimento nutritivo y saludable. Esto explica aquellos triunfos escandalosos, otorgados entonces por plebeyos de salón y patricios de taberna, a escritores ineptos y de mal gusto que por desdén no mentamos, reducidos hoy por toda popularidad, al aplauso de lacayos y risa de prostitutas. Pero ahora la popularidad no la concede el populacho, viene del solo manantial que puede imprimirle un carácter de inmortalidad y de universalidad, viene del sufragio selecto de espíritus delicados, de almas apasionadas, y cabezas serias, que representan moralmente los pueblos civilizados. Esto es lo que Scott ha logrado investigando los anales de las naciones, para formar obras para todas las naciones, y los fastos de los siglos, a fin de entresacar libros escritos para todos los siglos. Jamás hubo novelista que encubriera tanta enseñanza bajo tales encantos, ni más verdad bajo la ficción. Hay una alianza visible entre la forma que

le es propia y todas las formas literarias del pasado y del porvenir, y las novelas épicas de Scott, podrían considerarse como una transición de la literatura actual a las novelas grandiosas, o a las grandes epopeyas en verso o en prosa que nuestra era poética promete, y nos dará.

¿Cuál ha de ser la intención del novelista? La de expresar en una fábula interesante verdades útiles. Y una vez elegida esta idea fundamental, inventada esta acción explicativa, ¿no debe el autor buscar para desenvolverla un modo de explicación que haga su novela semejante a la vida, la imitación semejante al modelo? Y ¿no es la vida un drama confuso en que todo se mezcla, lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo más encumbrado y lo más bajo, ley cuyo poder solo expira más allá de los límites de la creación? y sinó, ¿será, por ventura, preciso limitarse a componer, como algunos pintores flamencos, cuadros enteramente de tinieblas, o como los chinos, cuadros enteramente luminosos, cuando la naturaleza por todas partes y siempre nos muestra la lucha de la luz y de las sombras? Ahora bien, los novelistas, anteriores a Walter-Scott, habían adoptado generalmete dos métodos de composiciones contrarios; viciosos ambos, precisamente porque son contrarios. Daban unos a su obra la forma de una narración, dividida arbitrariamente en capítulos, y solo para el reposo del lector, según lo manifiesta con bastante ingenuidad un antiguo autor español que escribe la palabra *descanso* al acabar sus capítulos. Los otros iban desplegando su fábula en una serie de cartas que debían suponerse escritas por los actores de la novela. Pero, en la narración, desaparecen los personajes, y el autor se muestra siempre solo; y en las cartas el autor se eclipsa para dejar ver solo a sus personajes. El novelista narrador no puede entrar en el diálogo natural, en la acción verdadera; es menester que la substituya por un cierto movimiento monótono de estilo que viene a

ser como un molde en que los sucesos más diversos toman y deben tomar la misma forma, y bajo él se borran las creaciones más elevadas, las invenciones más profundas, así como se allanan bajo el arado las asperezas de un campo. En la novela por cartas, la misma monotonía proviene de otra causa. Cada personaje va llegando por turno con su epístola pareciéndose en ésto a los cómicos de la legua, los cuales no pudiendo comparecer sino uno tras otro, y no siéndoles permitido decirlo en sus tablados, se presentan sucesivamente, llevando sobre la cabeza un gran rótulo en el cual lee el pueblo el nombre del personaje. La novela por cartas puede compararse con aquellas laboriosas conversaciones de sordo-mudos que se escriben recíprocamente lo que tienen que decirse, de suerte que su cólera o alegría está obligada a tener incesantemente la pluma en la mano y el tintero en el bolsillo. ¿Y la explosión fogosa de las pasiones, que no está tan coartada entre el preámbulo de costumbre y la fórmula de atención que son la vanguardia y retaguardia de toda carta escrita por un hombre bien nacido? ¿Puede pensarse que el acompañamiento de las oficiosidades y el bagaje de los cumplimientos aceleren la progresión del interés, y apresuren la marcha de la acción? ¿No debe por fin suponerse algún vicio radical en un género de composición que pudo entibiar alguna vez hasta la misma elocuencia de Rousseau?

Supongamos, pues, que a la novela narrativa, donde parece que en todo se haya pensado menos en el interés, adoptando la absurda costumbre de hacer preceder de un sumario cada capítulo; supongamos que a la novela epistolar, en la cual hasta la forma prohíbe toda vehemencia y rapidez, que un espíritu creador le substituye la novela dramática, en la cual la acción imaginaria se desarrolla en cuadros verdaderos y variados del mismo modo con que se desenvuelven los acontecimientos reales de la vida; se desentienda de toda

división que no sea el desarrollo diferente de las diversas escenas que sea por fin un intenso drama en el cual las descripciones se sustituirían a las decoraciones y a los trajes, en el cual los personajes podrían pintarse por sí mismos, y por sus contrastes diversos y multiplicados representar todas las formas de la idea única de la obra. Se hallarían en este género nuevo, las ventajas de los dos antiguos sin sus inconvenientes. Teniendo a mano los resortes pintorescos y mágicos del drama, bien podréis dejar tras de la escena los mil pormenores insignificantes y transitorios que el mero narrador, obligado como está a seguir a sus actores paso a paso debe exponer difusamente si quiere ser claro; y así pueden aprovecharse aquellos rasgos repentinos y profundos más fértiles a veces en meditaciones que toda una página y que el movimiento de la escena hace resaltar, pero que excluye la rapidez de la narración.

Tras la novela pintoresca, aunque prosaica de Walter-Scott, queda por crear otra novela aun más bella y más completa a nuestro modo de ver. Es la novela que será drama y epopeya a la vez, poética y pintoresca, real e ideal, verdadera y grande, que hermanará íntimamente a Walter-Scott con Homero.

Walter-Scott, como todo hombre creador, hasta ahora ha sido objeto de críticas rabiosas e incansables. Preciso es que quien desagua pantanos, se resigne a oír la gritería de las ranas.

Nosotros cumplimos con un deber de conciencia, al colocar a Walter-Scott en una esfera muy elevada entre los novelistas, y particularmente poniendo a *Quintín Durward* en muy elevado lugar entre las novelas. *Quintín Durward* es un libro muy hermoso. Muy difícil sería hallar una novela mejor entretejida y de efectos morales mejor enlazados con los efectos dramáticos.

A nuestro juicio el autor ha querido demostrar que la lealtad, hasta en un ser oscuro, joven y pobre, alcanza con mucha mayor seguridad su fin

que la perfidia, aun cuando esté ayudada de todos los recursos del poder, de la experiencia y de la riqueza. El primero de estos papeles lo encargó a su Quintín Durwart, huérfano lanzado entre multiplicados escollos, lazos perfectamente preparados, sin más brújula que un amor casi insensato; pero muchas veces es el amor una virtud cuando más se parece a una locura. El segundo papel lo encarga a Luis XI, rey más astuto que el más astuto cortesano, zorro viejo con pezuña de león, poderoso y discreto, tan bien servido de noche como de día, cubierto sin cesar por sus guardias como por un escudo, y acompañado de sus verdugos como de una espada. Estos dos personajes tan diferentes resaltan a un tiempo de tal modo, que expresan la idea fundamental con una verdad notable. Obedeciendo fiel al rey, sirve cabalmente el leal Quintín, sin saberlo, sus propios intereses, mientras que los proyectos de Luis XI, de los cuales Quintín debía ser a un tiempo el ejecutor y la víctima, van desenlazándose de un modo que sirve para confusión del viejo maligno y ventaja del joven ingénuo.

A primera vista podría creerse que la intención fundamental del poeta está en el contraste histórico, tan bien pintado, del rey de Francia, Luis de Valois, y del duque de Borgoña, Carlos el temerario. Este bello episodio es quizás un defecto en la composición de la obra, pues rivaliza en interés con el asunto principal, pero esta falta, si puede llamarse falta, nada quita a lo imponente y cómico de la oposición de dos príncipes, de los cuales, el uno déspota flexible y ambicioso desprecia al otro, tirano, duro y batallador que también le despreciara, si a ello se atreviera. Ambos se aborrecen, pero Luis arrostra el odio de Carlos porque no es más que salvaje y brusco, y Carlos teme el odio de Luis, porque es harto lisonjero. El duque de Borgoña, en medio de su campo y sus estados tiene sus recelos al lado del rey de Francia, aun sin

defensa, como el perro junto al gato. Se ve que la crueldad del duque nace de sus pasiones, la del rey de su carácter. El de Borgoña es leal porque es violento; nunca ha pensado en ocultar sus malas acciones; no tiene remordimientos porque olvida sus crímenes como sus cóleras. Luis es supersticioso, acaso porque es hipócrita; no basta la religión al hombre a quien atormenta la conciencia, y no quiere arrepentirse; pero, por más que crea en duras expiaciones la memoria del mal que ha hecho vive en él sin cesar junto al pensamiento del mal que va a hacer, porque siempre se acuerda uno de lo que por mucho tiempo se ha estado meditando. Devotos son ambos príncipes, pero Carlos jura por su espada antes de jurar por Dios, mientras que Luis trata de captarse los santos con dádivas; se sirve de la diplomacia en su plegaria, y hasta con el cielo intriga. En caso de guerra, Luis está examinando sus azares y vicisitudes cuando Carlos solo piensa ya en el placer de la victoria. La política del Temerario estriba toda en su brazo, pero el ojo del rey va más allá que el brazo del duque. Finalmente, Walter Scott prueba, comparando a los dos rivales, cuánto más fuerte que la audacia es la prudencia, y como aquel que al parecer jamás temió tiene miedo a aquel que parece que ha de temerlo todo.

¡Con qué arte nos pinta el ilustre escritor al rey de Francia, presentándose por un refinamiento de malicia en casa de su gentil primo de Borgoña, como le llamaba él, y pidiéndole hospitalidad cuando va a hacerle la guerra el orgulloso vasallo! ¿Puede darse nada más dramático que la nueva de una rebelión fomentada en los estados del duque, por los agentes del rey, cayendo como el rayo entre ambos príncipes en una misma mesa reunidos? Así la traición se quita por sí misma la máscara, y es nada menos que el prudente Luis quien se entrega sin defensa a la venganza de un enemigo justamente irritado. Algo dice la historia de esto; pero

es preferible la novela a la historia, prefiero la verdad moral a la histórica. Otra escena quizás más notable todavía, es aquella en que los dos príncipes, que aun no han podido avenirse, se reconcilian por un acto de crueldad, acto que el uno imagina y ejecuta el otro. Por primera vez en su vida ríen juntos con placer y cordialidad, y aquella risa, por un suplicio provocada, hace que desaparezcan por un instante sus discordias. Esta idea terrible horripila de admiración.

Hemos oído decir que la pintura de la orgía era inmundada y repugnante. A nuestro entender es uno de los capítulos más bellos de la obra. Habiendo Walter-Scott emprendido la descripción del famoso bandido de La March, a quien dieron por renombre el jabalí de las Ardenas, hubiera errado el cuadro sino inspirase horror. Dado ya un caso dramático es preciso entrar en él francamente, y buscar en todo el origen de las cosas. Solo allí está la emoción y el interés.

Por lo mismo justificaremos otros pasos que no nos parecen menos dignos de meditación y de elogio. Es el primero la ejecución de Hayraddin, personaje singular, de quien tal vez el autor hubiera podido sacar mejor partido. El segundo es el capítulo en que el rey Luis XI detenido por orden del duque de Borgoña, hace preparar en su propia cárcel por Tristau el ermitaño, el castigo del astrólogo que le engañara. Esta sí que es una idea a la par extraña y hermosa, la de hacernos ver a aquel rey cruel hallando hasta en la misma cárcel, espacio para su venganza, reclamando verdugos a sus últimos ministros, y empleando la poca autoridad que le queda en dar órdenes para la muerte de un hombre.

Aun podríamos multiplicar las observaciones y demostrar que nos parece defectuoso el nuevo drama de sir Walter-Scott, particularmente en el desenlace; pero es muy probable que el novelista tendría mejores razones para justificarse que nosotros

para atacarle, y no ha de ser con tan formidable campeón con quien probemos nuestra sencilla armadura. Nos limitaremos a hacerle observar que la expresión que pone en boca del bufón del duque de Borgoña sobre la llegada del rey Luis XI a Perona pertenece de derecho al bufón de Francisco I que la dijo al pasar Carlos V por Francia en el año de 1535. La inmortalidad del pobre Triboulet pende de esta expresión, justo es se la dejemos. Pensamos igualmente que el ingenioso expediente de que se vale el astrónomo Galeotti para escapar del lazo de Luis XI, ya fué imaginado hace algunos miles de años por un filósofo a quien quería hacer matar también Dionisio de Syracuse. No damos sin embargo a estas observaciones más valor del que merecen. Un novelista no es un cronista. Nos parece únicamente algo extraño que el rey dirija la palabra en el consejo de Borgoña a caballeros de la orden del Espíritu Santo, no habiéndose fundado esa orden hasta un siglo después por el rey Enrique III, y aun pensamos que la orden de San Miguel, con que el noble autor condecoró a su buen lord Crawford no fué instituída por Luis XI sino después de su cautiverio. Disimule Walter-Scott esas friolerillas cronológicas. Alcanzando así un pequeño triunfo de pedante, al habérmolas con un *anticuario* tan ilustre, no podemos abstenernos de que aquella inocente alegría de Quintin Durward arrebatada cuando hubo hecho perder los estribos al duque de Orleans y resistido los porrazos de todo un Dunois y a punto estamos de pedirle perdón, como allá humildemente lo pedía el emperador Carlos V: *Sanctissime pater, indulge victori.*